

El “Domo Dorado” de Trump: ¿defensa futurista o fantasía peligrosa?

Por Fernando Mora¹

Donald Trump revive el sueño de un escudo espacial con su “Golden Dome”, pero expertos -opositores a Trump, sobre todo, advierten: el proyecto es costoso, técnicamente inviable y podría desencadenar una nueva carrera armamentista en el espacio.

Cuarenta años después de que Ronald Reagan soñara con un escudo espacial contra misiles nucleares -la famosa “Guerra de las Galaxias”-, Donald Trump revive esa ambición con su llamado “Golden Dome”. A primera vista, parece una propuesta patriótica y visionaria: un sistema capaz de interceptar misiles desde cualquier rincón del planeta, incluso si vienen *del espacio*. Pero más allá del oropel del anuncio, la realidad técnica, estratégica y financiera nos obliga a hacernos una pregunta fundamental: ¿estamos ante una auténtica revolución defensiva o frente a una peligrosa ilusión?

Entre la ciencia ficción y la amenaza estratégica Trump asegura que, bajo su mandato, Estados Unidos construirá un escudo antimisiles al estilo del “Domo de Hierro” israelí. Sin embargo, comparar el reducido sistema israelí -diseñado para interceptar cohetes de corto alcance en una zona pequeña- con un escudo global que proteja un país de más de 9 millones de kilómetros cuadrados es como comparar una sombrilla con una cúpula planetaria.

El plan del “Golden Dome” no solo es desproporcionado en escala, sino también en complejidad. Se basa en interceptores espaciales, sensores satelitales y láseres de alta precisión, tecnologías que hoy en día no están listas para una implementación confiable a gran escala. Y si bien la inteligencia artificial puede acelerar procesos de respuesta y detección, aún está lejos de garantizar una defensa infalible contra misiles hipersónicos como los que desarrollan China y Rusia.

Costo astronómico, eficacia incierta

El proyecto podría costar entre 161.000 y 542.000 millones de dólares en dos décadas, según el Congreso estadounidense. Y ese precio ni siquiera incluye el mantenimiento, la renovación periódica de los satélites o los sistemas de ataque basados en el espacio. Los expertos ya han advertido que un solo vehículo de destrucción podría costar 20 millones de dólares, y que parte de la infraestructura tendría una vida útil de solo tres a cinco años.

¿Vale la pena gastar semejante fortuna en una tecnología que aún no ha demostrado su eficacia ni en escenarios de prueba? Incluso si el sistema funcionara perfectamente, existe un problema mayor: ningún escudo puede ser 100% impermeable. Si un adversario lanza decenas o cientos de misiles al mismo tiempo, el sistema podría colapsar.

Una carrera armamentista en el espacio Quizás lo más preocupante del “Golden Dome” no sea su costo ni su viabilidad, sino su impacto geopolítico, agregan algunos expertos. Este plan podría romper el delicado equilibrio de disuasión nuclear que ha mantenido la relativa paz entre potencias. China y Rusia ya han mostrado su rechazo, y es previsible que respondan acelerando sus propios desarrollos espaciales ofensivos. ¿Queremos convertir la órbita terrestre en un campo de batalla? ¿Queremos que los satélites civiles, esenciales para comunicaciones, navegación o monitoreo climático, se conviertan en objetivos militares?

Desde la Guerra Fría, el espacio ha sido tratado como un terreno neutro. Introducir armamento allí -aunque sea con fines defensivos- abre la puerta a una nueva carrera armamentista, esta vez sin atmósfera que la contenga.

¿Una alternativa razonable?

En lugar de lanzarse a construir un castillo dorado en el cielo, Estados Unidos podría fortalecer los sistemas de defensa terrestre ya existentes, integrando mejor las tecnologías nuevas como la IA, sin depender de promesas imposibles. Mejorar la cobertura regional, modernizar los radares y crear alianzas internacionales de defensa sería un camino más sensato.

¹ Analista global ha trabajado en cuatro continentes para organizaciones internacionales y gobiernos.

Trump no se equivoca al plantear la necesidad de proteger a su país en un mundo cada vez más inestable. Pero se equivoca, dicen algunos expertos –gravemente– al pensar que una solución mágica en el espacio resolverá un problema tan complejo. La defensa nacional no necesita espectáculo, necesita estrategia.

Sin embargo, se debe reconocer a cada país el derecho soberano de proteger a su población y su territorio. En Bogotá, durante la década de los años sesenta, se celebró una de las conferencias mundiales más importantes en relación con el derecho espacial. Lamentablemente, Colombia no conserva ningún archivo oficial sobre dicho evento, lo que representa una pérdida significativa de memoria histórica en un tema de creciente relevancia.

Sería sorprendente que el Partido Demócrata de los Estados Unidos, así como China y Rusia, estuvieran de acuerdo con el proyecto *Golden Dome* impulsado por Donald Trump, sin

considerar que esta iniciativa podría transformar radicalmente tanto la geopolítica mundial como la dinámica del dominio espacial. Este ambicioso proyecto, cuyos detalles aún no han sido completamente revelados, promete una nueva era de militarización y explotación estratégica del espacio, lo que inevitablemente generaría tensiones entre potencias rivales.

Además, resulta llamativo que, a nivel mundial, casi nadie mencione que al menos cinco de los países más ricos del planeta mantienen programas espaciales activos desde hace más de veinte años, sin que exista una transparencia real sobre sus objetivos, logros o descubrimientos. ¿Qué han encontrado? ¿Para qué sirven realmente estas operaciones? La falta de información alimenta tanto la especulación como la desconfianza pública, y plantea preguntas inquietantes sobre el verdadero alcance de la competencia espacial y sus implicaciones para la humanidad.

Bogotá, Colombia 27 de mayo de 2025.